



George
Woodcock

ANARQUISMO Y MORALIDAD

En el plano de la ética, los anarquistas, buscan ser mejores padres, hij@s, compañer@s, vecin@s, amantes..., mejores personas en definitiva, con nuestra especie, el resto de la vida, y el planeta que nos acoge.

Dice Ángel J. Cappelletti en *El anarquismo y los problemas contemporáneos*: «Podría definir el anarquismo como una eticización radical de la política. A partir de Maquiavelo, hay una tendencia en el mundo moderno a separar ética y política. Por el contrario, el anarquismo piensa que la ética es la política y la política es la ética»

George Woodcock, en este ensayo, nos propone un viaje para hacer un repaso y análisis de la moral anarquista.

Anarchism and Morality

GEORGE WOODCOCK

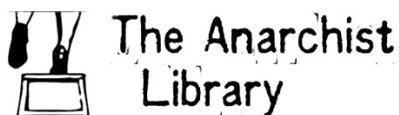
FREEDOM PRESS

George Woodcock

ANARQUISMO Y MORALIDAD

Publicación original: Freedom Press – Octubre, 1945

<https://freedom.press/>



<https://theanarchistlibrary.org/library/anarchism-and-morality>

Traducción: Libértame, 2023:

<https://libertamen.wordpress.com/2023/12/07/anarquismo-y-moralidad-1945-george-woodcock/>

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Introducción: Anarquismo y marxismo: una reflexión sobre praxis, moral y ética

Nicolás G.

- **I. Podría parecer**
- Los males de la moral actual
- Una moral de hombres libres
- Epicuro
- La naturaleza de la moral anarquista
- **II. El anarquista no considera la moral**
- La moral natural
- La Ayuda Mutua: La base de la moral
- La Justicia Anarquista
- Magnanimidad
- **III. Si una discusión sobre la moralidad**
- Bases morales del cambio social
- El desarrollo de la responsabilidad
- La ayuda mutua en la vida cotidiana
- Moral y Estado
- ¿Dónde está el límite?

Acerca del autor

INTRODUCCIÓN

Anarquismo y marxismo: una reflexión sobre praxis, moral y ética

Nicolás G.

Una vez en el profesorado donde yo curso, un profesor marxista que estimo mucho, me dijo al momento de criticar a Marx –no hay que confundir las ideas, pensamientos y aportes de un filósofo con respecto a su conducta. En cierto caso puede ser correcto lo mencionado por el docente. Solo que allí hay un problema, si hablamos de filosofía que es pensamiento y praxis claramente encontramos una contradicción, ya que desde la antigüedad el accionar del filósofo, su pensamiento y moral, en cierta medida estaba alienado a la idea total de su juicio, pues el mejor ejemplo de su filosofía es la realización de la misma por parte del filósofo que la defendía. Y más hablando de Marx que en

unas de sus afirmaciones mencionaba que era el momento histórico de la filosofía para convertirse en acción material que transformase al mundo.

Entonces ¿Cómo las acciones materiales de Marx pueden ir independientes por fuera de su idea filosófica? e incluso ¿Cómo puede ser que hasta hoy se lo piense de esa forma, en que la acción está separada de la idea en el pensamiento marxista? Recordemos que en un cierto punto el marxismo nunca contuvo y desarrolló una moral del individuo que sea coherente con el comportamiento y realización marxianas. Más que eso existía una ética rudimentaria de adoctrinamiento y disciplinamiento de los cuerpos ante la idea. Recién bien entrado el Siglo XX, Marcuse y Sartre, entre otros, se esforzaron por construir una moral y ética digna del marxismo.

Precisamente esa noción de moral y ética coherente con la idea, fue una de las tantas pero principales diferencias y separaciones con el marxismo por parte del anarquismo. El anarquismo cuestionaba la moral, la ética y el resultado de las relaciones sociales que devenían a partir de estos dos elementos, y sobre todo si esas dos ideas venían acompañadas por el ejercicio del poder y un principio de autoridad violento y coercitivo. Esto quiere decir, que no se planteaba el mero cambio material y social del proletariado y la destrucción del capitalismo, también se pensaba las relaciones sociales que violentaban a los proletarios y proletarias como lo es el patriarcado. De nada serviría

eliminar al Estado si dicha forma de organización social patriarcal no se eliminaba, ya que en esas relaciones culturales se encontraban enquistadas las relaciones materiales embrionarias del Estado.

El Estado y el patriarcado, para dar dos ejemplos, tenían que ser combatidos siempre y eliminados desde el primer día de la revolución social mediante una moral y ética totalmente contrarias a esas dos formas de organización social cultural y material. Entonces ahora comprendemos mejor, que la dialéctica marxista en la realización histórica del proletariado no tiene justificación alguna con hacer lo que se tenga que hacer en el momento histórico, por necesidad histórica; esto quiere decir que no solamente se elimina la personalidad individual del proletariado como sujeto, también se hace lo que se tenga que hacer para cumplir los objetivos: el fin justifica los medios.

Es por eso que los marxistas nunca entendieron porqué los anarquistas se llamaban antiautoritarios, ya que como se trajo a colación aquí no era una mera forma de distinción entre uno u otro o por que el anarquismo rechazaba la idea de dictadura del proletariado. En esa diferencia radicaba mucho más que eso; era la idea de la negación total de todos los elementos culturales y materiales de la sociedad y filosofías que acompañaban a esa realidad histórica capitalista.

Por ende, ahora podemos entender más claramente porqué los marxistas de todos los colores nunca se plantearan y criticaran las acciones de Marx en vida.

Para realizar una comparación entre un personaje histórico del marxismo y otro del anarquismo sin entrar en una inmaculación del ácrata tenemos a las dos figuras, Marx y Bakunin. Solamente con conocer las acciones y pensamientos de ambos, cada uno concederá la valoración de sus propias conclusiones siempre y teniendo en cuenta el espíritu individual de esas dos personas.

En fin, la filosofía es pensamiento y praxis, una es la idea y la otra su realización, teniendo en esa realización la confirmación y progreso crítico e histórico de lo filosofado.

ANARQUISMO Y MORALIDAD

I

Podría parecer que hay una paradoja en la actitud anarquista hacia la moralidad, ya que, mientras que muchos anarquistas han señalado lo que se considera moralidad en la sociedad actual y la han condenado como antagónica a la libertad humana y han llamado a aquellos que serían libres a abandonar la moralidad, otros pensadores anarquistas, entre ellos Godwin y Kropotkin, se han preocupado profundamente por las ideas de moralidad y han subrayado la necesidad de una perspectiva moral como base para una sociedad libre.

De hecho, no hay divergencia real de opiniones. La primera opinión condena con razón la moral tal como se entiende en nuestra sociedad actual. Pero antes de seguir adelante, examinemos esta llamada «moral», veamos qué derecho tiene a asumir ese nombre. La moral, si queremos llevar la palabra a sus orígenes, significa las costumbres, normas o

principios por los que los seres humanos pueden vivir virtuosa y pacíficamente en sociedad. Brota de y tiene relación con la relación de los individuos, y sólo puede manifestarse en dicha relación. No podemos actuar moral o inmoralmemente ante un objeto inanimado o una abstracción del pensamiento, como el Estado. Tampoco podemos actuar moralmente hacia nosotros mismos: el hombre legendario en una isla desierta sería incapaz de practicar una virtud que es esencialmente social. Sólo podemos actuar moralmente hacia nuestros semejantes, y el único criterio de moralidad es si nuestras acciones impiden o promueven la libertad y la felicidad de otros seres humanos.

En lugar de derivar su validez del contacto personal de los individuos, se basa en una teología sobrenatural y deriva su origen de una deidad antropomórfica que grabó sus cláusulas en un trozo de piedra y se las entregó a un oscuro jefe judío en una tierra y un siglo lejanos. O se basa en las necesidades de un sistema gubernamental, y rige en virtud de alguna entidad colectiva mítica como el Estado, la Nación o la Raza, que de hecho es una representación de los intereses de una clase privilegiada.

En cualquiera de los dos casos, al no basarse en la naturaleza del ser humano, se ve obligada a introducir en sus concepciones las ideas de recompensa y castigo. Se enseña a los individuos a abstenerse de ciertos actos para no ser enviados a prisión o asados en el infierno, y a realizar otros actos porque esa realización les reportaría una ventaja

material sobre sus semejantes en la tierra o la dicha eterna en el cielo. Pero el único criterio verdadero de moralidad es si las acciones de uno son perjudiciales para otros seres humanos.

LOS MALES DE LA MORAL ACTUAL

La «moral» aceptada es esencialmente restrictiva de la libertad. Tiende a la petrificación de los hábitos sociales y de las divisiones de clase en beneficio de unos pocos. Si se examinan sus principales prohibiciones, se verá que su objetivo es mantener esas instituciones de la propiedad y la familia que son los cimientos de una sociedad autoritaria. Su objetivo es impedir que los hombres lleguen a ser libres, detener la satisfacción de sus deseos y esperanzas, incluso impedir que reconozcan conscientemente tales deseos y esperanzas, de modo que se conviertan en instrumentos serviles del Estado y la Iglesia, condicionados a la obediencia y la sujeción.

Una «moral» destinada a mantener a un hombre pobre y a otro rico, o a restringir la vida sexual a las formas aprobadas por el Estado y la Iglesia, es inevitablemente mala

en sus efectos sobre la relación de los individuos, y conduce a la lucha personal o a esos estadios neuróticos de masas en los que los hombres están dispuestos a ser llevados a la guerra porque les proporciona una liberación del resentimiento que no se atreven a dirigir contra sus opresores.

Los efectos perversos de la «moral» convencional son «profundos» y se expresan no sólo en la falta de libertad o de bienes materiales, sino también en trastornos psicológicos que se extienden por todas las clases de la sociedad, y en una gran frustración que ha impedido a los seres humanos desarrollarse como podrían haberlo hecho en libertad. Hablando de la moralidad ligada a la religión organizada y a la doctrina del castigo eterno, Godwin observó con gran perspicacia:

«Sabemos lo que somos: no sabemos lo que podríamos haber sido. Pero sin duda habríamos sido más grandes de lo que somos si no fuera por esta desventaja. Es como si hubiéramos tomado un veneno diminuto con todo lo que estaba destinado a nutrirnos. Es, supondremos, de una calidad tan mitigada que nunca ha tenido el poder de matar. Pero sin embargo puede detener nuestro crecimiento, infundir una parálisis en cada una de nuestras articulaciones, e insensiblemente cambiarnos de gigantes de la mente que podríamos haber sido a un pueblo de enanos.»

Es innegable que la función del anarquista es rechazar tal concepción de la «moralidad», que ha hecho tanto daño incalculable a la humanidad en sus servicios a las instituciones de la propiedad y el privilegio. Debemos rechazarla, denunciarla y tratar de destruirla al mismo tiempo que destruimos las instituciones de la ley y la autoridad que sostiene.

UNA MORAL DE HUMANOS LIBRES

Pero el hecho de que dejemos de lado lo que actualmente se entiende por «moralidad» no significa que destruyamos la auténtica moralidad que está en la base de las relaciones sociales humanas, sino todo lo contrario, como dijo Kropotkin:

«Arrojando por la borda la ley, la religión y la autoridad, la humanidad puede recuperar la posesión del principio moral que le ha sido arrebatado. Recuperar que puedan criticarla, y purgarla de las adulteraciones con que sacerdote, juez y gobernante la han envenenado y la envenenan todavía.»

Nuestra concepción de la verdadera moralidad se aclara cuando nos damos cuenta de que no es ni un credo religioso ni un código de conducta obligatorio impuesto por la

autoridad del gobierno o la tradición; consiste simplemente en una actitud hacia nuestros semejantes en la sociedad que promueve el respeto por sus derechos iguales a la felicidad y el desarrollo, y que nos impulsa a las acciones de ayuda mutua que son necesarias para la vida sana de la sociedad. No exige ninguna restricción de nuestra libertad, pero nos pide que respetemos la libertad y el beneficio de los demás. No se apoya en ninguna fuerza física o mental, y su único poder reside en la conciencia social del ser humano y en las críticas libremente expresadas de sus semejantes.

Consideramos que tal actitud moral está de acuerdo con la naturaleza del hombre y, de hecho, de todo el mundo animal. Kropotkin, cuyo libro *Ayuda mutua* estaba dedicado a un estudio magistral de la naturaleza de la vida social entre los animales y el hombre, concluyó que «El sentido moral es una facultad natural en nosotros como el sentido del olfato o del tacto.» Es una tendencia natural para los seres humanos, como para otros animales, cooperar para su mutuo beneficio, y todo el caso anarquista se basa en la existencia de tal facultad para la moral natural de las relaciones que las sanciones de la Iglesia y el Estado no sólo son innecesarias en la sociedad, sino que son incluso antisociales porque por su restricción de la libertad establecen conflictos innecesarios y malsanos.

Aquí es necesario mostrar en qué características la moral anarquista difiere de otras formas de moral secular. Hay, para empezar, algunos tipos de moral secular que son

realmente de carácter religioso, como, por ejemplo, los de Hegel, de los nazis, o de los marxistas, con su sustitución de las deidades de la moral religiosa por entidades colectivas abstractas como el Estado.

EPICURO

De las formas de moral verdaderamente laicas, la única corriente de pensamiento importante, aparte del anarquismo, es la que deriva de Epicuro y llega, a través de los filósofos utilitaristas del siglo XIX, hasta algunos pensadores modernos. «El objetivo de la vida, hacia el que todos los seres vivos se esfuerzan inconscientemente, es la felicidad», decía Epicuro, «porque, desde que nacen, ya desean la gratificación y se resisten al sufrimiento». Éste es el punto central de toda la enseñanza epicúrea y utilitarista. A causa de esta actitud, Epicuro fue acusado de preocuparse sólo por las burdas satisfacciones de la carne, pero en realidad su enseñanza y su propia vida estaban modeladas en un alto nivel moral.

«Poniendo como meta del hombre la vida feliz en su totalidad, y no la gratificación de caprichos y pasiones

momentáneas, Epicuro señaló el camino para alcanzar dicha felicidad. En primer lugar el hombre debe limitar sus deseos y contentarse con poco. Epicuro, que en su propia vida estaba dispuesto a contentarse con una torta de cebada y agua, habla aquí como un estoico de lo más riguroso. Y luego hay que vivir sin conflictos interiores, con una vida entera, en armonía con uno mismo, y hay que sentir que uno vive independientemente, y no esclavizado a las influencias externas.»

Kropotkin, *Ética*

La moral epicúrea tenía ciertas virtudes: desviaba la moral de una base sobrenatural a una humanista y reconocía la importancia primordial del individuo. Pero era un sistema con muchas limitaciones, en gran parte debido a la naturaleza abstracta de su pensamiento: tendía a ser una forma romántica de individualismo que no reconocía suficientemente bien que todos los hombres viven en sociedad y están sujetos a influencias sociales. Tampoco reconocía que la moral no es algo que no concierne al hombre en sí mismo, sino a sus relaciones con otros hombres. Como resultado de esta actitud, Epicuro y sus seguidores aceptaron la esclavitud sin protestar y los utilitaristas del siglo XIX no hicieron casi nada para combatir los males de la explotación capitalista contemporánea, esto a pesar de que personalmente eran hombres de los caracteres más generosos. Puede ser cierto que en última instancia, y considerada abstractamente, la vida humana

tiende a la consecución de la felicidad personal. Pero en la práctica la naturaleza de la vida social de los seres humanos es demasiado complicada para que una fórmula tan simple pueda explicar plenamente las verdaderas cuestiones morales a las que nos enfrentamos.

LA NATURALEZA DE LA MORAL ANARQUISTA

La moral anarquista, aunque también considera al individuo como la unidad central y más importante de la vida humana, se esfuerza por relacionar la búsqueda de la felicidad individual con los factores reales del desarrollo humano y con las circunstancias reales de las relaciones entre los individuos, reconociendo que las personas, que viven en sociedad para el enriquecimiento mutuo de sus vidas materiales y espirituales, no pueden estar totalmente preocupados por sus propios placeres individuales. La vida social exige la voluntad de ayudar a los demás y de abstenerse de causarles daños evitables. El reconocimiento de los deberes morales no surge de ningún motivo meramente altruista. Debe derivar del reconocimiento individual de que en la sociedad ninguna persona puede realizarse a sí misma mediante un desprecio egoísta de las demás. El privilegio, el dominio de clase, el caos de la

explotación capitalista, son lo que surge del individualismo privado del sentido de la responsabilidad moral hacia los demás. El ser humano debe vivir sobre la base de la ayuda recíproca y la consideración hacia las demás personas, porque esto conducirá en última instancia a su propia paz y seguridad. Como el ser humano no puede ser completamente feliz solo, debe esforzarse por esa felicidad de todos; como no puede ser libre en una sociedad esclavizada, debe esforzarse por la libertad de todos. Aparte de estos hechos, es casi seguro que encontrará más satisfactoria una vida de cooperación y amistad que una vida de conflicto y egoísmo. Pero sus acciones hacia los demás seres humanos deben ser voluntarias por naturaleza y surgir de la comprensión de sus necesidades, pues la moral basada en la coacción y la ignorancia es una fuente segura de neurosis y conflictos ocultos que provocan grandes tragedias sociales.



El anarquista no considera la moral como algo ajeno a la naturaleza del ser humano. En efecto, en oposición al sobrenaturalista que considera la moral como un sistema que debe imponerse al ser humano mediante un código artificial de leyes que deben restringir las acciones de las personas porque la naturaleza humana –según él– es caótica y antisocial, el anarquista considera la moral como una ley natural de la vida, que debe observarse en todo el reino animal y que sólo se ha pervertido porque los hombres viven en sociedades basadas en normas artificiales y no en la naturaleza interna del ser humano.

Incluso hoy en día las personas actúan moralmente en la mayoría de sus acciones hacia las personas con las que entran en contacto directo, y lo hacen sin pensar de antemano si sus acciones son morales o no. Hay una

decencia en la mayoría de los contactos sociales directos que se opone a la naturaleza malvada de los contactos indirectos, contactos a través del Estado u otras instituciones opresivas, y de esta manera, debido a esta moralidad inconsciente de nuestras acciones en la mayoría de las circunstancias, la sociedad humana se ha evitado hasta ahora caer completamente en esas profundidades de caos y depravación que son los productos de la autoridad y la propiedad con su descendencia concomitante en la guerra.

LA MORAL NATURAL

Es, volviendo a esta moral natural, observándola y construyendo nuestras ideas a partir de lo que descubrimos, como puede evolucionar una moral anarquista, una moral que tiene como base el bien general de los individuos dentro de la sociedad y no un deber abstracto hacia el Estado o cualquier promesa de recompensa en el cielo por cumplir la voluntad de algún legislador sobrenatural.

Godwin, el primer gran teórico anarquista, basó su sistema de «justicia política» en la concepción de una moral que permitiera a los individuos vivir juntos en confianza mutua sin la interferencia antinatural de las «instituciones positivas», como él llamaba al Estado, al sistema legal y a la Iglesia. Godwin sostenía que cada hombre debía ser libre de decidir sobre sus propias acciones, porque cualquier forma de coacción o promesa de recompensa introduciría un

criterio irrelevante y tendería a corromper las cualidades de sinceridad y fortaleza mental necesarias para una vida social sana. Pero, que los hombres deban estar libres de coacción externa, no significa que sus acciones deban ser caprichosas y desconsideradas. En lugar del gobierno externo de la fuerza, el hombre debe adoptar un sistema interno de juicio para sus acciones. En todo debe actuar de acuerdo con la «justicia», por la que Godwin entendía, no un código arbitrario impuesto por la autoridad externa, sino una idea del bien de todos los hombres de la sociedad como base de las acciones del individuo. Debemos actuar siempre de modo que se logre el mayor beneficio para la sociedad, pero por sociedad no se entiende ninguna entidad abstracta, sino un conjunto de individuos, pues, como decía Godwin, ninguna acción es beneficiosa a menos que ayude a algún hombre individual.

La exposición de las ideas morales de Godwin alcanzó su punto álgido en su condena del sistema de propiedad, que demostró ser completamente opuesto a la idea de justicia moral, y que sustituyó por el argumento de que cualquier artículo de propiedad pertenecía justamente sólo a quien más lo necesitara. Una sociedad moral no se lograría hasta que cada ser humano tuviera, no sólo lo suficiente para satisfacer sus necesidades físicas, sino también la misma oportunidad de realizar su naturaleza y desarrollar su personalidad como deseara.

LA AYUDA MUTUA: LA BASE DE LA MORAL

Después de Godwin, Kropotkin estudia científicamente los problemas morales y se opone a las ideas de los eclesiásticos ortodoxos y de los materialistas científicos, que consideran al ser humano inmoral por naturaleza. La idea teológica del pecado original y la concepción huxleyana de la lucha por la existencia se asemejan sorprendentemente en su visión de la naturaleza humana. Tanto el clérigo como el divulgador científico propugnaban la teoría de la «naturaleza de uñas y dientes teñidos de rojo», y sostenían que el ser humano era naturalmente vil y sólo podía hacerse virtuoso y moralmente responsable mediante el gobierno externo de alguna autoridad temporal o eterna, del Estado o de Dios, o, en el caso del eclesiástico, de ambos.

Kropotkin, siguiendo una línea de la enseñanza de Darwin que había sido ignorada por sus seguidores más

vociferantes, demostró de forma convincente que la evolución se debía principalmente no a una lucha sin restricciones por la existencia, sino a una ley de solidaridad, o «ayuda mutua», entre animales de la misma especie por la que se ayudan mutuamente en su vida social cotidiana. Esta ley natural de ayuda mutua es la base de la moralidad, que existe así como un factor incluso entre las formas más bajas de la vida animal. Esta ley tampoco deja de actuar con la aparición del ser humano. Por el contrario, el hombre ha evolucionado porque era un animal social, dado a la práctica de la ayuda mutua, a la cooperación voluntaria mediante la cual los descubrimientos de los individuos se utilizaban en beneficio de todos y los diversos bienes de la vida social, como la agricultura y el fuego, se extendían por toda la raza humana. Kropotkin demostró, mediante un cuidadoso estudio de la vida social tanto del hombre primitivo como del civilizado, que la ley natural de la ayuda mutua sigue siendo el motivo subyacente de las acciones morales y la causa principal de esos esfuerzos cooperativos voluntarios que, a pesar de la influencia embrutecedora de instituciones coercitivas como el Estado, siguen demostrando la solidaridad esencial de la humanidad.

Pero con el desarrollo de la conciencia humana, al crecimiento de la razón y de la imaginación, se añade el elemento de la empatía, por el que intentamos ponernos en el lugar de otra persona, y así comprender sus necesidades y sufrimientos.

«Cuanto más poderosa sea tu imaginación, mejor podrás imaginarte lo que siente cualquier ser cuando se le hace sufrir, y más intenso y delicado será tu sentido moral. Cuanto más te sientas atraído a ponerte en el lugar de la otra persona, cuanto más sientas el dolor que se le inflige, el insulto que se le ofrece, la injusticia de la que es víctima, más te verás impulsado a actuar para poder evitar el dolor, el insulto o la injusticia. Y cuanto más acostumbrado estés por las circunstancias, por los que te rodean, o por la intensidad de tu propio pensamiento y tu propia imaginación, a actuar como tu pensamiento y tu imaginación te instan, más crecerá en ti el sentimiento moral, más se convertirá en habitual»

KROPOTKIN, *La moral anarquista*

De este tipo de simpatía mutua, de ponerse en el lugar del otro, surge la «Regla de Oro», que ordena al ser humano actuar con los demás como le gustaría que los demás actuasen con él. Pero esta regla en sí misma es demasiado vaga para ser eficaz en la producción de una moral para los hombres libres. Durante siglos ha formado parte de la enseñanza cristiana, pero rara vez ha impedido que los cristianos apoyaran un sistema social injusto o mantuvieran relaciones comerciales tensas con sus vecinos y correligionarios, porque no iba acompañada de ninguna declaración explícita de los derechos individuales e iguales

de los seres humanos, y porque se desviaba fácilmente hacia acciones en algún nebuloso plano espiritual en lugar de en nuestra vida material actual.

JUSTICIA ANARQUISTA

La moral del anarquismo se distingue por el reconocimiento explícito de la igualdad que falta en la idea cristiana de la Regla de Oro. A esto se referían los escritores anarquistas cuando hablaban de «justicia». La justicia es una palabra que, por desgracia, ha sido mal utilizada por las sociedades legalistas, y ha tendido a convertirse en sinónimo de administración de la ley. Oímos hablar de tribunales de justicia, que en realidad son sólo tribunales de castigo, y un juez que ha intimidado a miles de presos a destinos inmerecidos recibe el título de Sr. Juez Fulano de Tal. Esto se burla del significado mismo de la justicia, que se tergiversa para significar el sistema legal de una sociedad cuyas relaciones son fundamentalmente injustas.

Cuando el anarquista habla de justicia, sin embargo, quiere decir algo muy diferente. Quiere decir el reconocimiento de

cada ser humano como un individuo con iguales derechos a la satisfacción de sus necesidades, a la completa libertad de elección, y a una participación igual en todas las oportunidades de la sociedad en la que coopera. Quiere decir incluso más que el mero reconocimiento de tales derechos: desea un espíritu activo de socialidad que se proponga asegurar el logro de tal igualdad. «La justicia», dijo Godwin, «es una regla de conducta que se origina en la conexión de un ser percipiente con otro». No tiene validez fuera de la relación de los individuos, y no puede haber conexión entre la verdadera justicia y una institución como el Estado, que niega la igualdad desde el principio al anular los derechos del individuo a la libertad de elección.

MAGNANIMIDAD

Pero la justicia no es todo. Una moral viva necesita algo que lleve a los individuos más allá del mero reconocimiento de la igualdad recíproca, dando a los demás seres humanos lo que les corresponde exactamente. Para que la sociedad humana crezca, para que la relación de las personas sea fructífera, es necesario que se ejerza otra cualidad, que Kropotkin llamó magnanimidad. La magnanimidad ha sido demostrada a menudo en el pasado por individuos excepcionales que han dado libremente sus esfuerzos de diversas maneras, como revolucionarios, como artistas, como científicos, para que los hombres en general puedan disfrutar de vidas más plenas y amplias. Para que la sociedad avance hacia la anarquía, para que la anarquía misma sea fecunda, es necesario que los humanos desarrollen esta cualidad de magnanimidad, que aprendan a dar libremente sus esfuerzos de cualquier forma que hayan elegido para

ayudar a la humanidad, y que vayan siempre más allá de lo que la propia justicia podría exigirles en sus relaciones con los demás humanos. Por el contrario, el altruismo puro, tal como lo conciben los moralistas, no existe, y la persona que da y sigue dando lo hace porque descubre que de este modo obtiene una mayor realización personal.

Por último, hay que subrayar que la moral anarquista se basa en la elección voluntaria de cada ser humano según su juicio independiente, pero que también permite la influencia de las críticas libremente expresadas por sus semejantes. La libertad y la sinceridad son sus elementos principales. Por ello, nunca puede adoptar la forma de un código fijo, ya que debe basarse en el juicio individual de las circunstancias particulares de que se trate y, dado que cada caso es único, no puede haber una regla profética que nos diga exactamente lo que debemos hacer.

En estas dos secciones he intentado trazar la naturaleza y las características de una moral anarquista distinta de la moral convencional y falsa de la sociedad actual. En la sección restante intentaré mostrar cómo una actitud anarquista hacia la moral debería afectar a nuestras acciones en la sociedad actual.



Si una discusión sobre la moralidad ha de evitar ser meramente una disertación académica sobre puntos de debate teóricos, debe llegar al final a la cuestión de cómo nuestras acciones han de verse afectadas por los principios morales que hemos discutido. En las dos secciones anteriores me esforcé por mostrar la naturaleza y la base de una verdadera moralidad de la libertad. Pero como la moral sólo se ocupa de las acciones de los seres humanos, y no de abstracciones alejadas del plano de nuestra vida cotidiana, es natural preguntarse: ¿cómo puedo actuar de manera anarquista? o, lo que es aún más pertinente, ¿cómo puedo actuar de acuerdo con una moral libre en la actual sociedad coercitiva?

No creo que sea fácil responder a estas preguntas. Si todos hubiéramos nacido en una sociedad de instituciones libres,

si nuestras vidas nunca hubieran estado sujetas a los grilletes de la coerción mental o física, nos resultaría fácil y natural actuar moralmente hacia nuestros semejantes, porque todo lo que nos rodea nos induciría a tales acciones. Pero hoy en día todos vivimos en una sociedad donde la coerción de diversos tipos tuerce nuestras vidas e influye en nuestros pensamientos desde la infancia hasta la tumba. Los instintos morales de la naturaleza animal están en continua competencia con los modelos de vida egoístas y autodestructivos impuestos por el dominio de instituciones adquisitivas e inhumanas como el Estado. Por muy libres que intentemos ser en nuestras acciones, nunca podremos escapar completamente a las influencias que se ejercen continuamente sobre nosotros y, en consecuencia, con las mejores intenciones, nos resulta difícil comportarnos siempre como debería hacerlo un anarquista.

BASES MORALES DEL CAMBIO SOCIAL

Sin embargo, si queremos alcanzar la anarquía, debemos empezar a transformarnos moralmente aquí y ahora. No es bueno esperar a la crisis revolucionaria, con la expectativa de marchar hacia una tierra prometida de libertad y ayuda mutua. Debemos prepararnos para el fin del viejo orden, no sólo tratando de destruir la estructura de clases de la sociedad, sino también eliminando de nosotros mismos y de nuestra conducta el tipo de motivos y acciones que conducen a la codicia y la lucha sobre las que se construyen las sociedades de clases. Y esa transformación moral, por sí misma, también contribuirá a que caiga el viejo orden¹. Si el gobierno cayera mañana, estoy seguro de que la mayoría de

¹ Gustav Landauer afirmaba: “El Estado es una situación, una relación entre los seres humanos, es un modo de comportamiento de las personas entre sí; y se le destruye estableciendo otras relaciones, comportándose con los demás de otra manera” (*La revolución y otros escritos*). [N. e. d.]

la gente sería incapaz de actuar de tal manera que se asegurara la preservación de la libertad. Aquellos que declaran que todo nos vendrá a través de un «cambio de corazón» hacen un programa demasiado simplificado, pero aquellos que declaran que todo lo que tenemos que hacer es cambiar la estructura social están igualmente equivocados. El ser humano no es enteramente la criatura de su medio ambiente, su individualidad es algo más que la suma de sus experiencias, y es necesario un cambio interior en la perspectiva moral, así como el cambio social exterior, antes de que los hombres puedan vivir en libertad, respetando la libertad de los demás. Creo que los dos son interdependientes, pero si uno es más importante que el otro, diría que es este asunto de la conducta individual, de la aplicación de la moral anarquista a nuestra vida diaria, porque de esta manera libramos la lucha más vital de todas, contra esas ideas y hábitos de sujeción y egoísmo que son los cimientos mismos sobre los que se construye el poder de los dominadores.

El anarquismo no trae ningún código fijo de conducta para el individuo. No hay dos situaciones iguales, no hay dos personas iguales, y tratar de atar a todas las personas y situaciones en un cerco de reglas nos haría tan tontos como los legisladores. No podemos establecer ninguna línea abstracta de conducta, ni introducir ningún criterio excepto el juicio individual de cada ser humano. Cada persona debe actuar de acuerdo con su propio sentimiento de lo que es

correcto en las circunstancias en las que se encuentra. Esa es la necesidad básica de la anarquía y la libertad. Nadie puede ordenarle lo que debe hacer, y la única limitación que puede imponerse a su libertad es que sus actos no interfieran con la libertad de los demás.

EL DESARROLLO DE LA RESPONSABILIDAD

Cuando un ser humano deja de dirigir su vida de acuerdo con reglas y mandatos que no están aprobados por sus propios pensamientos, comienza a alcanzar la responsabilidad, a desarrollar su juicio, a actuar por convicción interior. A medida que avanza por este camino, sus actos serán inevitablemente más morales, porque se basan en algo más fuerte que una adhesión simbólica a códigos externos. Y a medida que las personas se hacen más conscientes de su libertad interior, se harán más capaces de cambiar el orden de la sociedad que les rodea.

La primera necesidad de una moral anarquista es, por tanto, que la humanidad deje de estar sujeta a reglas externas de pensamiento y hábito, y que se esfuerce por basar cada acción en una decisión honesta de su propio juicio independiente. La segunda es que reconozca a cada prójimo como un ser humano independiente con

necesidades muy similares a las suyas y características individuales cuyo libre desarrollo contribuye a la riqueza de la vida en común. La mayor parte de la crueldad que existe en la sociedad actual puede atribuirse a la tendencia a considerar a los seres humanos como unidades que no tienen naturaleza común con nosotros. Reconocernos en todos los demás seres humanos es un comienzo necesario para alcanzar la moral anarquista.

Los actos en los que la moral anarquista tiene una relación directa en nuestra sociedad actual pueden dividirse en dos clases: los que se refieren principalmente a nuestro contacto diario con otros seres humanos y los que se refieren más directamente a la realización de una sociedad anarquista.

LA AYUDA MUTUA EN LA VIDA COTIDIANA

En su vida diaria, el anarquista debe actuar, en la medida de lo posible, en cooperación amistosa y comprensiva con sus amigos o compañeros de trabajo. Debe tratar siempre de prever el efecto de sus acciones sobre los demás imaginándolas aplicadas a sí mismo, y así lograr no sólo justicia sino también generosidad en sus relaciones. El motivo solapado, la intriga oculta, engendran desconfianza y aportan un elemento de inseguridad a las relaciones personales que es destructivo para la moral social, mientras que la crítica o el agravio expresados abiertamente suelen ser beneficiosos para ambas partes. Sin embargo, debemos tener tacto en nuestra franqueza, prestando la debida consideración a los sentimientos de los demás y evitando cualquier insinuación de superioridad en nosotros mismos o de inferioridad en los demás. Si bien condenamos las malas ideas y conductas, no debemos caer en el error de condenar

rotundamente a los individuos que las cometen. Un acto no puede cambiarse, pero nunca podemos estar completamente seguros de que una persona no cambiará su conducta.

Es posible que un/a anarquista se encuentre en una posición en la que otras personas se pongan en su ventaja. Puede ser un tendero, o tener algún puesto de supervisión. Me parece que no hay nada particularmente censurable en tener tales trabajos cuando hay que ganarse la vida en el capitalismo. De hecho, el hombre o mujer que consigue evitar la sujeción del empleo ordinario puede a veces actuar con más independencia para su causa. Lo que es necesario es que no se aproveche de su posición. El comerciante, por ejemplo, debe contentarse con lo suficiente para sus necesidades, vender sus mercancías a precios razonables y utilizar su posición para ayudar a los necesitados. Un tendero anarquista, por ejemplo, podría ser de gran utilidad para proporcionar alimentos a los huelguistas. Un encargado anarquista en una fábrica podría perturbar todo el sistema disciplinario de sus empleadores mediante el establecimiento de una relación de igualdad y camaradería entre los hombres que se supone debe supervisar. Y de manera similar, es posible que cada anarquista actúe en su vida diaria de tal manera que difunda el espíritu de libertad y ayuda mutua entre las personas con las que está en contacto.

Pero, como hemos dicho, es imposible ser completamente libre en una estructura social coercitiva. El anarquista más devoto está en cierta medida condicionado por la autoridad que le rodea, y por esta razón la moral anarquista tiene que considerar la relación del anarquista no sólo con los seres humanos, sino también con las entidades no humanas, como el Estado, la Iglesia o el sistema de leyes.

MORAL Y ESTADO

Como la moralidad sólo concierne a la relación de las personas individuales como seres humanos, no podemos actuar moralmente hacia el Estado como tal, porque está fuera de la moralidad. Pero nuestras acciones hacia el Estado pueden afectar a las vidas de los demás, y por lo tanto convertirse en inmorales. El Estado no es inmoral cuando las personas son asesinadas en su nombre, porque en realidad es sólo una abstracción que cubre las acciones inmorales de los seres humanos individuales. Es una forma de organización perjudicial para los seres humanos, y por lo tanto debe ser destruida, pero sólo las acciones de las personas individuales pueden participar de la moralidad.

Es un acto moral trabajar por la destrucción del Estado, porque de esta manera trabajamos en beneficio de otras personas. Los métodos de lucha contra el Estado son

conocidos y no necesitan una discusión elaborada aquí. Queda, sin embargo, por decir que ciertas acciones que pueden ser inmorales cuando se aplican a otras personas como individuos, pueden no ser inmorales cuando se aplican contra el Estado, o contra los hombres que actúan como sus representantes. Es inmoral engañar a nuestros amigos y compañeros, pero en muchas circunstancias es igualmente inmoral decir la verdad a un policía.

El anarquista en la sociedad moderna siempre se enfrenta al dilema de que, mientras existan instituciones malignas, no puede evitar algún tipo de participación en ellas para vivir. Incluso a veces es necesario usar instituciones estatales o capitalistas para mantener la propaganda anarquista, como cuando usamos dinero para pagar la imprenta o los servicios postales estatales para distribuir literatura. Pero la respuesta a este dilema puede encontrarse en gran medida en el hecho de que el capitalismo y el Estado han usurpado funciones que, en cualquier caso, son socialmente necesarias y existirían bajo el anarquismo. No hay nada inmoral en imprimir o enviar un panfleto o en comer mantequilla, y el hecho de que el Estado o el sistema monetario interfieran en estas actividades no puede impedirnos participar en ellas.

Sin embargo, hay otra serie de funciones del Estado que están dirigidas a la supresión del individuo, y hacia ellas la actitud anarquista es diferente. Ninguna persona podría unirse a la fuerza policial, o entrar en el Gabinete o en el

Parlamento, y seguir siendo anarquista, porque se convertiría en parte de un cuerpo de individuos cuya función es coaccionar a sus semejantes. Del mismo modo, un anarquista no puede apoyar consistentemente la guerra, o el militarismo, porque implican el sometimiento de los seres humanos a la voluntad ilimitada de la clase dominante. Este tipo de participación directa es obviamente contraria a la moral anarquista. Por otra parte, hay ciertas acciones que son igualmente claramente el deber de un anarquista. Por ejemplo, si se produce una huelga en su lugar de trabajo, sin duda tomará parte activa en ella.

¿DÓNDE ESTÁ EL LÍMITE?

Está claro, pues, que hay compromisos con el Estado, como comprar un sello de correos, que son relativamente inofensivos, y otros, como hacerse policía, que son positivamente inmorales. Pero entre ambos hay un amplio campo de compromisos dudosos en los que las únicas normas posibles son las circunstancias particulares del caso y el juicio del individuo en cuestión. ¿Existe alguna circunstancia en la que un anarquista deba casarse? ¿Debe un soldado que se convierte en anarquista negarse a obedecer órdenes o debe permanecer en las filas para difundir la creencia antimilitarista? ¿Qué debe hacer un anarquista si es llevado ante un tribunal?

Este último es un ejemplo de una situación a la que podemos dar varias soluciones posibles. Puede negarse a tomar parte en los procedimientos del tribunal. Puede

aprovechar la ocasión para realizar un acto de desafío y proclamar sus principios. Puede poner a la ley en ridículo argumentando puntos legales. O puede adoptar la postura de que está justificado utilizar cualquier tipo de táctica para evitar que el Estado tenga la satisfacción de mantenerle aislado en prisión. Se podría argumentar a favor de cada una de estas soluciones, y todo lo que podemos decir es que esto es un ejemplo de la imposibilidad de establecer una línea dura de conducta para el anarquista. Cada anarquista debe tomar su propia decisión, de acuerdo con su propio juicio y las circunstancias en las que se encuentra. Debe decidir por sí mismo dónde trazar la línea del compromiso, y qué debe considerar como compromiso. Pero tal vez sea necesario decir aquí que la conveniencia por sí sola nunca debe ser considerada como un criterio dominante, ya que justificar una acción por la conveniencia nos lleva a un desprecio de los principios, y a la insidiosa doctrina de los fines que justifican los medios, que es el comienzo de una pendiente muy resbaladiza hacia la inhumanidad bolchevique.

Por último, repitamos que los anarquistas no deben actuar como expertos morales. Deben considerar correcto criticar francamente cuando lo consideren necesario, y aconsejar desde su experiencia a aquellos que pidan ayuda. Pero más allá de eso, el juicio final recae en la persona que tiene que actuar, y en ese sentido quizás deberíamos recordar que una virtud anarquista importante es la tolerancia hacia quien comete honestamente lo que consideramos un error.



ACERCA DEL AUTOR

GEORGE WOODCOCK (Winnipeg, Manitoba, 8 de mayo de 1912–Vancouver, Columbia Británica, 28 de enero de 1995) fue un prolífico escritor canadiense de poesía, ensayos, críticas, biografías y obras históricas. En 1959 fundó la revista *Canadian Literature*, la primera revista canadiense dedicada a la escritura. En el resto del mundo, es probablemente recordado por su libro *Anarquismo: Una historia de las ideas y los movimientos libertarios* (1962), uno de los grandes recuentos del anarquismo.

Biografía

Woodcock nació en Winnipeg, Manitoba, pero se mudó con sus padres a Inglaterra a una edad temprana, asistiendo a Sir William Borlase School y al Morley College. Aunque su familia era muy pobre, Woodcock tuvo la oportunidad de asistir a la Universidad de Oxford con una beca, sin embargo, se rechazó la oportunidad, porque habría tenido que reconocer una afiliación religiosa. En cambio, tomó un trabajo como empleado en el Great Western Railway y fue allí en que se empezó a interesar en el anarquismo. Permaneció como anarquista el resto de su vida, escribió varios libros sobre el tema, entre ellas "El anarquismo", la antología "El lector anarquista" (1977), y biografías de Pierre-Joseph Proudhon, William Godwin, Oscar Wilde y Piotr Kropotkin.

Fue durante estos años que se reunió con varias destacadas figuras literarias, incluidas las de T. S. Eliot y Aldous Huxley. Conoció por primera vez a George Orwell; después hubo un desacuerdo entre ambos en las páginas de *Partisan Review*. Orwell escribió que en el contexto de una guerra contra el fascismo, el pacifismo era "objetivamente pro-fascista". Considerándose pacifista a sí mismo, Woodcock lo contradijo. A pesar de esta diferencia, los dos

se reunieron y se convirtieron en buenos amigos. Woodcock más tarde escribió "El Espíritu de Cristal" (1966), un estudio crítico de Orwell y su obra que ganó un Governor General's Award.

Woodcock pasó la Segunda Guerra Mundial en una granja, como objetor de conciencia. Después de la guerra, regresó a Canadá, con el tiempo se asentó en Vancouver, Columbia Británica. En 1955, tomó una cátedra en el departamento de inglés de la Universidad de Columbia Británica, donde permaneció hasta la década de 1970. En esta época, empezó a escribir más prolíficamente, y produjo varios libros de viajes y colecciones de poesía, así como las obras sobre anarquismo por las que es más conocido.

Hacia el final de su vida, Woodcock se volvió más interesado en la que vio como la difícil situación de los tibetanos. Viajó a la India, estudió el budismo, se convirtió en amigo del dalái lama y estableció la Tibetan Refugee Aid Society. Él y su esposa Inge también establecieron la Canada India Village Aid, que patrocina proyectos de autoayuda en zonas rurales de la India. Ambas organizaciones ejemplifican el ideal de Woodcock en la cooperación voluntaria entre los pueblos por encima de las fronteras nacionales.

Reconocimiento

Woodcock fue honrado con varios premios, entre ellos una beca de la Royal Society de Canadá en 1968, la Medalla de la UBC en Biografía Popular en 1973 y 1976, y el Premio Molson en 1973. Sin embargo, sólo aceptó premios otorgados por sus pares, rechazando varios premios otorgados por el Estado de Canadá, incluyendo la Orden de Canadá. La única excepción fue el premio Freedom de la ciudad de Vancouver, que aceptó en 1994.

Él es objeto de una biografía, "The Gentle Anarchist: A Life of George Woodcock" por George Fetherling (1998).